

Tras de los constantes fracasos de nuestras armas, fracasos que se contaban por el número de veces en que nuestras fuerzas se habían opuesto a las invasoras, ora por la impericia de los jefes, ora porque un hado fatal había dispuesto que, tras de ser despojados de lo que nos pertenecía, sufriéramos afrenta tras de afrenta, surgió el problema de la defensa de la capital. Era indudable que el invasor habría de continuar su marcha hasta el asiento mismo de los Poderes de la República; pero no era menos cierto que aquí se carecía de los elementos y recursos necesarios para llevar a buen término esa defensa.

Como durante lo más recio de aquella campaña, de la contienda internacional en que íbamos dejando girones de territorio, miembros mutilados y vidas segadas, nuestro revolucionar había sido sin descanso, los cambios en la capital de la República se habían sucedido una vez más, y era el General Anaya el Jefe del Gobierno.

Santa-Anna urgía por la defensa de la metrópoli, sus enemigos lo atacaban con todas sus fuerzas por su derrota en Cerro Gordo y por su ningún éxito en las acciones anteriores, y atacaban al mismo tiempo al General Anaya tachándolo de débil por no haber quitado el mando supremo al Jefe del Ejército; rumorábase que dirigía la oposición nada menos que Valencia, resentido porque Santa-Anna no le había permitido atacar al ejército de Taylor cuando le había encomendado la defensa de Tula de Tamaulipas, y dadas las discordias que siempre habían existido entre los jefes de nuestro Ejército, no es remoto que, en efecto, fuera Valencia el que encabezara la lucha contra Santa-Anna.

De cualquier modo que sea y ya que no debo entrar en pormenores, que pueden ser consultados especialmente en la interesantísima obra de Roa Bárcena antes citada, o en alguno de los otros

historiadores que se han ocupado en narrar estos sucesos, me limitaré a decir que estando ya Santa-Anna en México, fué convocada una Junta de Guerra a la que concurrieron los más distinguidos generales que aquí se encontraban,¹ y tras de alguna discusión en que Santa-Anna después de hacer la enumeración de sus méritos, como solía hacerlo en momentos solemnes, manifestó que estaba en la mejor disposición de militar bajo las órdenes de algún otro jefe o de salir del país si esto se juzgaba útil para el éxito de las futuras operaciones, se convino en que debía continuar la guerra y ser defendida la capital; discutióse entonces el plan de operaciones y se resolvió, en vista de la opinión de Valencia, de Tornel, de Rincón, de Licéaga, de Alcorta, de Ampudia y de algunos otros generales que se establecieran fuertes destacamentos en las gargantas o puntos de preciso tránsito por donde el enemigo hubiera de venir a la capital y que además de eso, que constituiría la primera línea de defensa, se estableciera una segunda en la circunferencia de la capital misma; se convino, además, en que el director de ingenieros debería presentar un plan de fortificación para las dos líneas; en que se organizaran los cuerpos de ejército que habían de obrar en combinación con guerrillas, y se tomaron algunas otras medidas de importancia secundaria.

Llama, con justicia, la atención Roa Bárcena, acerca de que no deja de ser curioso que aquella junta determinara la continuación de la guerra, lo cual sólo correspondía al Congreso o al Ejecutivo, en vez de limitarse a discutir como cuerpo facultativo la conveniencia y las probabilidades de tal conti-

¹ Asistieron, además de aquel General de División, los de igual grado D. Nicolás Bravo, que presidió como más antiguo; D. Ignacio Mora y Villamil, D. Manuel Rincón, D. Felipe Codallos, D. Gabriel Valencia y D. José María Tornel, y los de Brigada D. Ignacio Inclán, D. Antonio Gaona, D. Lino Alcorta, D. Benito Quijano, D. Gregorio Gómez Palomino, D. José Mariano Salas, D. Antonio Vizcaíno, D. Pedro Ampudia, D. Domingo Noriega, D. Julián Juvera, D. Manuel Lombardini y D. Casimiro Licéaga.

nuación¹ pero el hecho es que tal decisión fué la que prevaleció.

La Junta rechazó al mismo tiempo la doble renuncia que Santa-Anna hacía de su cargo de Presidente, pues Anaya lo era sólo interino, y de su cargo de General en Jefe, y esto daba un triunfo político a Santa-Anna, ya que no había podido obtenerlo como guerrero; y el partido de la guerra, que todavía entonces continuaba en lucha resuelta con el de la paz, obtenía una nueva victoria en medio de las derrotas que en los campos de batalla sólo había podido lograr.

Se comenzó desde luego a hacer lo necesario para llevar a término las fortificaciones, trabajos que quedaron encomendados al cuerpo de ingenieros de que era Director D. Ignacio Mora y Villamil y jefes los Generales Licéaga, Monterde y Blanco, D. Miguel, y los Tenientes Coroneles Cano y Robles.


Además, como las condiciones del Ejército antes de que sufriera todas las bajas que había tenido con motivo de la guerra, eran ya muy precarias y naturalmente más habrían de serlo tomando en consideración las bajas terribles que había sufrido, ora por las balas del enemigo, ora por las deserciones constantes de las tropas, hubo necesidad de tratar a toda costa de organizar ese Ejército en cuanto fuera posible, contratar fornituras, materiales, etc., que no había en los almacenes y se procuró adquirir fusiles comprándolos a cualquier precio y obteniendo muchos en bastante malas condiciones.

Por su parte, el General Carrera fué encargado de activar todo lo posible la elaboración de material de guerra.

Los principales puntos fortificados fuera de la ciudad de México, fueron: el Peñón Viejo por el Oriente, Mexicalcingo, la hacienda de San Antonio y el Convento y Puente de Churubusco al Sur; y Chapultepec cuya artillería podía cubrir los caminos del Oeste hasta Belem y San Cosme, que habían sido fortificados de igual modo que lo fueron las garitas de San An-

¹ Roa Bárcena Op. cit. Vol. I, p. 584.



y
Ignacio de Mora
y Villamil


tonio Abad y Niño Perdido en el Sur y San Lázaro en el Oriente. Se inició la fortificación de los cerros de Zacoalco y de Guerrero, cerca de Guadalupe; pero la defensa quedó limitada en el Norte a las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo; todavía en el lado del Peñón se ejecutaron obras de alguna consideración, en Tepeapulco, Morelos y Moctezuma.

En esta vez los polkos, es decir, los cuerpos de la guardia nacional, iban a lavar la mancha que sobre sí habían echado con su rebelión dentro de la capital, aunque movidos, al decir de los historiadores que presenciaron los acontecimientos, por la conducta imprudente de Gómez Farías.

Veamos lo que de ellos dicen aquellos escritores:

“Los cuerpos de guardia nacional no estaban avezados al fuego: la mayor parte de los que la componían, iban por primera vez a desafiar a la muerte en un campo de batalla; pero llenos de honor y delicadeza, presentaban la garantía de que no volverían la espalda al enemigo, si no por valor, si al menos por pundonor y vergüenza. Cuando el cañonazo de alarma anunció que había llegado la hora del peligro, se les vió acudir con regocijo a los puestos que les señalaba el deber. Desde el pronunciamiento de febrero se habían separado de sus filas los que no quisieron tomar parte en esa sublevación, y después había ido disminuyendo poco a poco el número de fuerza de cada cuerpo; pero cuando llegó el momento de verdadera prueba, todos los separados volvieron al servicio, se presentaron otros muchos que antes no habían tomado las armas, y los batallones contaron bajo sus banderas más soldados que en cualquiera otra época anterior. Allí se encontraban el proletario miserable, el artesano honrado, el trabajador comerciante, el caritativo médico, el abogado laborioso, el oficial retirado. Confundidos el pobre y el rico, el juicioso y el calavera, el estudioso y el disipado, formaban un conjunto en que había hombres de todas las opiniones, de todos los partidos, de todas las

edades, de todas las clases de la sociedad, unidos con un vínculo fraternal, el de mexicanos.”

Por lo que respecta a las fuerzas de línea, “el ejército del Norte, que servía de auxiliar, se componía de la flor de los veteranos de la República: familiarizados con el peligro, en guerra casi continua en la frontera desde el año de 836, extraños a los goces y comodidades de la vida, habituados a sufrimientos de todas clases, ¿quién no había de creer que cooperarían de la manera más activa a la destrucción de los americanos? Entre las tropas que formaban el ejército de Oriente, si bien una gran parte consistía en gente colecticia y sin disciplina, había también brigadas que merecían justo renombre, sobresaliendo entre ellas las del General D. Francisco Pérez, destinada a servir de reserva, y que constaba de cuerpos de alta reputación en el concepto público. Los jefes y oficiales de ambos ejércitos eran en su mayor parte valientes, aunque no escaseaban los cobardes e ineptos, aun entre las clases más elevadas, que huyeron en los combates, llegando su degradación hasta despojarse, para no ser reconocidos, de las insignias que debían al favoritismo y a la prostitución.”¹

La guardia nacional fué de las primeras tropas que partieron entonces al encuentro del enemigo, y el día 10 marcharon sus miembros hacia el Peñón, llenos de entusiasmo y en medio de los aplausos de los habitantes de esta ciudad que deseaba verlos victoriosos; tal vez no pensando en la patria sino mirando los hijos al padre amado, la esposa al esposo querido, la madre al hijo de sus entrañas.

No era en el Peñón, sin embargo, donde habían de ofrendar su sangre a su patria; porque el enemigo, quizá teniendo noticia de que el Peñón se hallaba demasiado bien fortificado, resolvió cambiar de rumbo y siguió con dirección hacia el Suroeste.

¹ Apuntes, p. 210.

Los cuerpos todos de guardia Nacional, llevando por Jefe al General Anaya, se encaminaron entonces hacia Churubusco y hacia San Antonio.

Santa-Anna había comenzado por su parte los preparativos respecto a la distribución de las fuerzas que habían de tomar parte en la defensa de la Capital; y aun cuando había nombrado primero a Bravo Jefe del Ejército de Oriente y segundo al General D. Manuel Rincón, modificáronse estos nombramientos en virtud de la renuncia que presentaron en virtud de no estar conformes con algunas de las disposiciones del gobierno, y entonces el General Lombardini substituyó al General Bravo que a su vez quedó como Jefe de la línea de Mexicalcingo, Churubusco y San Antonio, y el ejército del Norte quedó bajo las órdenes del General Valencia, llevando como segundo al General D. José Mariano Salas. Estas fuerzas tenían a su cargo la defensa de la parte Suroeste. Mandaban las diversas brigadas los Generales Terrés, Martínez, Rangel, Pérez, León, Cerecero y Anaya, que, como hemos visto tenía bajo su mando la guardia nacional. La caballería quedó al mando de D. Juan Alvarez y la artillería a las órdenes del General Carrera, teniendo como Comandante General al Coronel D. José Gil Partearroyo.

El ejército del Norte que, como hemos dicho, había quedado a las órdenes de Valencia, llegó a la capital procedente de San Luis en dos Divisiones: la primera a las órdenes del General Mejía y la segunda a las del General Parrodi; la reserva había estado bajo el mando del General Salas, que como hemos visto, durante la defensa de la Capital, quedó como 2.º de Valencia.

El plan de Santa-Anna que era meramente defensivo, consistía en sostener con lo más importante de su artillería, la primera línea de fortificaciones; y habrían de servir como cuerpos volantes, tanto el ejército del Norte, que había quedado a las órdenes de Valencia, como la división de caballería del General Alvarez. En consecuencia, había ordenado a este último que permaneciera en Anacamilpa para que estuviera

en situación de colocarse a la retaguardia del enemigo interceptándole la retirada hacia Puebla, cuando avanzara más acá de San Martín Texmelucan. Al mismo tiempo debía seguirlo y hostilizarlo en cuanto fuera posible, atacándolo en cualquier momento en que Scott se empeñara en atacar los puntos fortificados.

El ejército del Norte había sido colocado en Texcoco, antes de llegar a la capital, con objeto de observar al enemigo y replegarse hacia la Villa de Guadalupe o atacar a Scott por retaguardia si él se empeñaba en atacar las fortificaciones del Peñón.

Ya hemos visto que el enemigo, tomando en cuenta quizá la importancia de las fortificaciones de este lugar, había seguido con dirección hacia el Suroeste sin llegar a atacar aquel punto fortificado.

Tras de diversos tiroteos que propiamente carecieron de verdadera importancia, rodeó al Sur y los lagos de Chalco y Xochimilco hasta llegar a Tlálpam desde donde avanzó hacia Padierna donde habríamos de hallar un nuevo fracaso; y cuando Santa-Anna observó que el enemigo se había situado en Tlálpam amagando la ciudad por la parte Sur, trasladó, como hemos visto, la brigada de Anaya del Peñón a Churubusco y a San Antonio; llevó la brigada del General Pérez a Coyoacán y la de Valencia se trasladó de Guadalupe a San Angel.

Valencia hizo reconocer el punto conocido con el nombre de Padierna, un poco más allá de San Angel en el camino de Contreras y la Magdalena, que comunicaba entonces por un sendero con Peña Pobre; y del reconocimiento practicado por el General González de Mendoza resultó que, a juicio del referido General en Jefe del Ejército del Norte, tal punto no era apropiado para la defensa.

“Para atender a éstos, decía Valencia refiriéndose a los distintos rumbos que conducían a San Angel, y al punto de la Magdalena que se halla a legua y media de este lugar, tiene uno que debilitarse y desmembrarse, quedando débil en todas

partes; y si sólo atiende uno al de Padierna, cuando vuelva por sí está cortado completamente y abandonado en el monte sin recursos y sin repliegue. He examinado también si en este punto puede uno en alguna otra parte resistir, y me he convencido a mi pesar de que no hay ni donde maniobrar, y que esta población, aun cuando fuera susceptible de fortificación, ya el tiempo no da lugar para ello, pues el enemigo por las veredas se halla a cosa de una legua de este punto, que es lo que dista Tlálpam. En tal concepto, yo creo que debo cambiar de posición al amanecer, replegándome hacia Panzacola si está fortificado, o a otro punto en que siquiera pueda maniobrar, a menos que esta noche misma se me reforzase con 2,000 infantes para con ellos atender a las veredas dichas.”¹

Esto decía Valencia el día 17, y la Secretaría de Guerra le hizo saber el mismo día que como sólo la vanguardia del enemigo era lo que se encontraba en Tlálpam, no era ni urgente ni honroso que se abandonara San Angel antes de saber si efectivamente el enemigo intentaba seguir esa dirección.

Es necesario no olvidar que Valencia había considerado el punto de Padierna como enteramente inadecuado para sostener allí un encuentro, a fin de darse cuenta exacta de su conducta un poco más tarde. Cuando en efecto, al día siguiente de aquella comunicación, es decir, el 18, se notó algún movimiento del enemigo a derecha e izquierda de San Antonio, Santa-Anna creyó que las fuerzas de Scott tal vez atacarían aquel punto y, entonces, por conducto de la Secretaría de Guerra, previno a Valencia que en la madrugada del 19 saliera con todas las fuerzas de su mando a situarse en el pueblo de Coyoacán donde debía permanecer adelantando su artillería al fuerte de Churubusco y a la fortificación del mismo nombre.

Pues bien, Valencia en lugar de que se apresurara a obedecer la orden que lo ponía en disposición de abandonar un lugar que él mismo había estimado era del todo inadecuado para

¹ Roa Bárcena, Vol. I, p. 587.

librar un combate, se empeñó entonces en permanecer allí haciendo constar que a su juicio abandonar Padierna era facilitar el camino a los invasores. Así lo hizo saber al Gobierno declarando que efectuaba aquella manifestación "como una de las pruebas de alta lealtad a que está obligado un General en Jefe en tales casos;" y lo que dijo oficialmente lo dijo también en carta privada a Tornel y a Santa-Anna. En la carta que a éste escribió, asentaba:

"Contra mis deseos, contra la conducta que he observado siempre con Ud.; pero precisado por un deber de conciencia, como un amigo leal de Ud., como mexicano y como General en Jefe, cuando ya con los ojos me parece ver la pérdida de este ejército y de mi patria, donde abandonemos un punto y por él pueda el enemigo salir de su difícil posición atacarnos de flanco y aun envolver la nuestra, pues tal sucedería si al amanecer encontrara descubierto el de Padierna, ha sido la causa que me ha estimulado a poner la comunicación que con esta fecha dirijo a Ud. por el Ministerio de la Guerra.

"Anoche yo mismo le consultaba a Ud. el movimiento que me previene ahora, porque así me pareció lo exigían las circunstancias de aquella hora después de practicado el breve reconocimiento de la posición que me había permitido el tiempo, y la dificultad para ponerme fuerte y retrincherarme a fin de resistir al enemigo si al amanecer intentaba avanzar. Mas ahora es al contrario: lo he visto y reconocido todo bien: tengo un campo de batalla retrincherado, y casi toca a las probabilidades para la victoria; y por otro lado, me he convencido hasta la evidencia que su abandono sería nuestra pérdida."¹

Santa-Anna que seguramente previó que se avecindaba una nueva dificultad, le escribió a su vez el mismo día 18:

¹ Castillo Negrete. Op. cit. Vol. XXV. Apéndice, p. 379.

"No queriendo indicar a Ud. porque lo tiene bien sabido, la necesidad de la unidad en el mando y en la acción, para el acierto en las operaciones de la guerra, me limito a manifestarle que textualmente se le previno lo que anunciaba y recomendaba como más conveniente, y que me ha sorprendido el que haya cambiado de juicio en tan pocas horas, cuando los datos y los movimientos del enemigo no hicieron más que confirmar hoy lo que Ud. pensaba ayer. Sin embargo, al establecerse un problema, no quiero que se resuelva en mengua de mi patriotismo en que no cedo a nadie, y prefiero exponerme a todas las contingencias que puedan venir, antes que dejar lugar a que pueda decirse que no se obró mejor, porque yo quería que se obrara bien y en regla. Hágase lo que Ud. desea, y que cada uno cargue con la responsabilidad que le corresponda."¹

También oficialmente se le manifestó a Valencia la contradicción flagrante en que incurría cuando primero hacía ver la conveniencia de abandonar Padierna y posteriormente opinaba que era necesario el conservarla; pero también se le dejó en libertad para que, si lo estimaba debido, se hiciera fuerte en aquel sitio, como se ve del siguiente fragmento de la comunicación respectiva:

"... Mas sea de esto lo que fuere, el Ciudadano Presidente no puede manifestarse indiferente a las razones vertidas por V. E., porque en su patriotismo y conciencia militar no se considera inferior a los de todo otro mexicano; por esto, pues, conviene en que V. E. permanezca en la actual posición que ocupa, supuesto que se ha encontrado con un campo atrincherado en los reconocimientos que hoy ha practicado, y que tiene V. E. todas las probabilidades de obrar, defenderse y cubrir todos los objetos de su puesto; así como S. E. el Presidente

¹ Roa Bárcena. Loc. cit. p. 591. Castillo Negrete. Loc. cit. p. 380.

y General en jefe lo hará por cuantos medios le fuere posible con las fuerzas que tiene inmediatamente a sus órdenes para poder rechazar al enemigo si lo atacase, como es probable según los movimientos hechos por el invasor en esta tarde, pues que está decidido a defender a todo trance la independencia y el honor nacional, etc.”¹

Los redactores de los Apuntes para la historia de la guerra, refiriéndose a este incidente, aseguran que Valencia “no supo disimular la profunda sensación que le causó se frustraran sus planes y revivieron en su ánimo doloroso ciertos recuerdos de Tula de Tamaulipas. La desobediencia, agregan, del General Valencia formó después su proceso pero es necesario atender, en obsequio de la verdad, que no obstante las observaciones se dispuso a cumplir con lo mandado si el General Santa-Anna insistía en su orden, y en ese sentido dejó las suyas al General Salas al separarse de él a las doce de la noche del día 18.”

El conflicto en las conciencias de estos hombres debe haber sido terrible, pues si como lo aseguran aquellos historiadores, Valencia estuvo dispuesto a obedecer la orden de retirarse si Santa-Anna insistía, éste, a su vez, declaró más tarde que no había querido insistir en sus resoluciones a fin de evitar un escándalo frente al enemigo:

“La sorpresa e indignación que el General Valencia me causó desobedeciendo mi orden, decía Santa-Anna, bien pueden explicarlas el General Tornel y el Ministro de la Guerra, que me presentó su contestación a las once de la noche del 18 de agosto citado. Los mismos señores Generales podrán igualmente revelar el anuncio que hice desde aquel momento, a consecuencia de una conducta tan irregular que echaba por tierra mis combinaciones. Mi primera resolución fué que se le des-

¹ Roa Bárcena. Loc. cit. p. 592. Castillo Negrete. Loc. cit. p. 367.

tituyera del mando y se repitiera la orden a su segundo; pero los señores Generales citados me calmaron con juiciosas reflexiones, hijas de la mejor intención, y después de una conferencia dilatada, en obvio de escándalos al frente del enemigo, vine en ceder que sólo se le advirtiera: “que sin aprobarle su conducta arbitraria, obrara bajo su responsabilidad como le pareciera,” lisonjeándonos, es verdad, de que esto bastaría a hacerle volver sobre sus pasos; pero desgraciadamente no fué así: él continuó inalterable por el camino de la perdición que se había trazado, y los resultados hoy los deplora toda la Nación.”¹

Y más tarde, al responder a la acusación que contra él se presentó ante la Cámara, refiriéndose a este mismo asunto, decía:

“En las instrucciones que recibió el General Valencia, se le previno terminantemente que no comprometiera acción alguna, exceptuando el caso de empeñarse el enemigo sobre alguno de nuestros puntos, pues entonces sí lo batiría con decisión por retaguardia, en combinación, precisamente, con el señor General Alvarez, que mandaba en jefe la caballería; tan estricta prevención llevó estos objetos: dar protección a nuestras posiciones fortificadas y distraer al enemigo por su retaguardia, asegurar un golpe decisivo a que yo aspiraba, y evitar lo que ya me temía: que el general Valencia caprichosamente comprometiera un suceso de malas consecuencias. Este general, desdeñando las órdenes del Jefe supremo de la nación, comunicadas por el Ministerio de la Guerra, comenzó por tomarse la libertad de presentar algunas observaciones en lo oficial y particular, a que se le satisfizo de la misma manera, por parecerme que esta atención lo obligaría a entrar en su deber: advertí sus designios, y lo dejé en sus funciones, considerando

¹ Detall de las operaciones ocurridas en defensa de la capital de la República atacada por el Ejército de los Estados Unidos del Norte, año de 1847.

que la angustia de la patria obraría en su ánimo, y prescindiría de toda mira innoble, conformándose con distinguirse cuando le llegara su turno para llenar sus deseos: me decidió también a obrar así, la penosa situación en que me encontraba, fluctuando continuamente entre Scila y Caribdis, pues ya había sucedido, que cuando por muy graves motivos lo relevé del mando de otra división que le confié en Tula de Tamaulipas, se vociferó por todas partes que yo no quería batir al enemigo, que dejaba pasar las mejores ocasiones de aniquilarlo, y que la destitución del general Valencia había sido dictada porque mi ambición no reconocía límites, y no quería que otro tuviera las glorias que para mí pretendía exclusivamente, y que si le envió los refuerzos que pedía, los invasores no hubieran ocupado a Tamaulipas. Los mismos clamores se hubieran reproducido, y con mayor vehemencia, si lo separo de la división del Norte: se habría dicho seguramente que yo privaba a la nación de un triunfo positivo arrinconando a un general intrépido y patriota, y cualquier revés posterior se hubiera atribuido a esa medida. ¿Y cuál ha sido el fruto de mi consideración al general mencionado, y de la atención que presté a esa grito impertinente, que de algún modo coartaba mi libertad cuando anhelaba el acierto? Culpárase después de la desgracia que atrajo sobre el país la desobediencia, el orgullo, la ignorancia y la ambición más punible. ¡Ojalá que la fortuna hubiera favorecido la intentona de Padierna! Entonces veríamos si se me concedían los laureles de la victoria; pero no, el honor del triunfo debió ser para aquel general inobediente, y para mí la responsabilidad de su derrota. Tan injusto así podía ser mi destino, aunque me he forzado en evitarlo, y el cielo es buen testigo.”¹

¹ Informe que el Excmo. Sr. General de División Benemérito de la Patria D. Antonio López de Santa-Anna, dió por acuerdo de la Sección del Gran Jurado sobre las acusaciones presentadas por el señor Diputado D. Ramón Gamboa, Castillo Negrete. Op. cit. Ap. Vol. XXV, pp. 113-4.

Balbontín, por su parte, está conforme en observar que el sitio escogido por Valencia para hacer frente al enemigo, carecía de buenas condiciones para la lucha, como el mismo Valencia lo había dicho primero, y declara además que se incurrió en varios defectos en el modo de ocuparlo, tanto porque la colocación dada a las fuerzas, permitía al enemigo, desde alguna altura, darse cuenta exacta de su disposición, evaluar sus elementos y contar sus tropas, como porque “el emplazamiento de la artillería era, por demás, defectuoso.” En cambio de estas condiciones que resultaban ventajosas para los americanos, éstos no podían ser observados desde el campamento de Valencia tan pronto como empezaran a moverse para atacar nuestras posiciones que podían ser vistas, al decir de Balbontín, por el General Scott y por su Estado Mayor, desde la cima del cerro de Zacatepec, como un plano sobre una mesa.¹

La artillería mexicana comenzó sus fuegos, pero sin poder obtener al principio resultados satisfactorios, tanto por las dificultades que presentaban algunas piezas para su manejo, como porque las que iban a emplearse no habían sido probadas, se desconocían sus desviaciones, etc.; los americanos, en cambio, conocían la colocación de nuestras fuerzas perfectamente y comenzaron a disparar sobre ellas con acierto. Entretanto, un grupo de jinetes se dirigió hacia el bosque de San Jerónimo y tras de ellos, soldados de infantería, aprovechando las sinuosidades del terreno para no ser vistos hasta que llegó a reunirse una fuerza respetable, sin que se hubiera impedido. El combate se generalizó entonces y cayeron ante las balas del invasor el General Frontera y varios jefes y oficiales que se habían lanzado a atacar a los americanos hasta los linderos del citado bosque de San Jerónimo.

En aquellos momentos Santa-Anna apareció sobre las lomas de Anzaldo con la división del General D. Francisco Pérez, des-

¹ Balbontín. La Invasión Americana, p. 112.

plegó sus fuerzas en batalla, e hizo algunos disparos con una batería; al mismo tiempo ordenó al teniente Coronel D. Miguel Echegaray que avanzara con el batallón 3.º Ligeró, que como habremos de ver, se cubrió de gloria más tarde en la defensa del Molino y de Chapultepec; "pero cuando aquel jefe se disponía a penetrar al bosque a viva fuerza, recibió orden apremiante para retirarse." Valencia, que había creído que se trataba de fuerzas enemigas, al ver que eran mexicanas mandó tocar diana, suponiendo que le había llegado un importante refuerzo. La lucha siguió encarnizada y cuando Valencia esperaba que las tropas de Santa-Anna se dirigieran sobre el adversario, variaron de posiciones dirigiéndose a lo más alto de la loma del Toro, donde permanecieron "de frías espectadoras de los sucesos," y a las siete de la noche desaparecieron cuando las tropas de Valencia habían recobrado el rancho de Padierna, de que se habían apoderado los enemigos, y Torrejón y Ferro tenían en jaque a las brigadas ligeras encerradas en Anzaldo y San Jerónimo. ¿Qué era lo que había sucedido?

"Como a las dos de la tarde, escribe Roa Bárcena, el teniente coronel D. Francisco Silva, ayudante de Valencia, se presentó a Santa-Anna en el punto de San Antonio, a avisarle que el enemigo atacaba las posiciones de Padierna. El General Presidente envió órdenes a la brigada Pérez, que estaba en Coyoacán, de moverse para Padierna, y se dirigió él mismo hacia este último punto a galope, seguido de su Estado Mayor; de los regimientos de caballería Húsares y Ligeró de Veracruz, y de cinco piezas de batalla. Alcanzó a la brigada Pérez saliendo de Coyoacán para San Angel, y la hizo caminar a paso veloz hasta las lomas en que se situó y desde las cuales pudo ver Santa-Anna la fatal posición de Valencia. "Esto, "dice el primero, ya sucedía como a las cinco de la tarde (Valencia dice en su manifiesto que a los tres cuartos para las "cuatro) y aunque me esforcé por reunirme a él, no fué posible, estando cortado por el enemigo y por el terreno que "había dejado a su retaguardia. No había más que un solo



Genl. Warrner